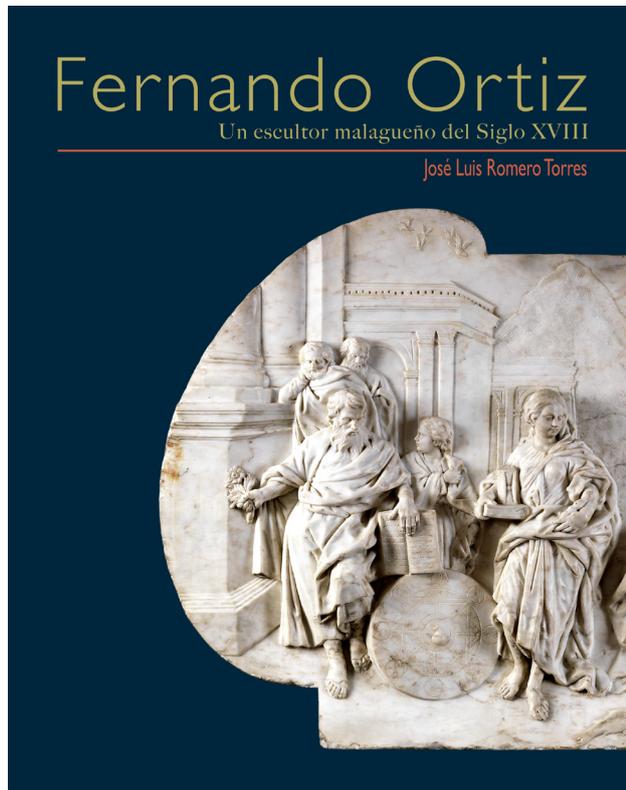


Fernando Ortiz. Un escultor malagueño del siglo XVIII

ROMERO TORRES, José Luis

Patronato de Arte / Amigos de los Museos de Osuna, Osuna, 2017



Con motivo del tercer centenario del nacimiento del escultor malagueño Fernando Ortiz (1716-1771), el Patronato de Arte de Osuna, entidad cuya presidencia comparten el Ayuntamiento de la localidad sevillana y el Arzobispado de Sevilla, ha venido organizando una serie de actos desde 2015 hasta 2017, bajo el lema «*Ferdinandus Ortiz faciebat*. 1716-2016. Osuna en el III centenario del nacimiento del escultor Fernando Ortiz».

La promoción de tal efeméride en la villa ducal se debe a la circunstancia de estar documentada la presencia del artista en la localidad sevillana en dos ocasiones. En 1756 había viajado a Madrid, donde permaneció algunos meses trabajando en el taller del escultor italiano Giovanni Domenico

Olivieri y realizó un relieve en mármol blanco para el Palacio Real. Por entonces fue nombrado Académico de Mérito en Escultura por la Real Academia de San Fernando. Al poco tiempo regresó a su ciudad natal con el reconocimiento artístico y el nombramiento de Interventor en mármoles y jaspes para la búsqueda de canteras en Andalucía que pudieran suministrar material a las obras del palacio regio. En el tercer año de su nombramiento viajó por el reino de Sevilla y por la Sierra de Ronda. El 5 de junio de 1758 el escultor enviaba desde la capital hispalense un informe a Baltasar de Elgueta y Vigil en el que le comentaba su visita a Osuna. En la villa conoció a personas influyentes como Cristóbal de Ubaldo Fernández de Córdoba, que ostentó diferentes cargos en la Universidad de Osuna, que alternó con su actividad sacerdotal como vicario y visitador general del Arzobispado de Sevilla. El segundo contacto se propició años más tarde, cuando la Orden de la Merced tomó la decisión de celebrar el capítulo general de 1766 en la villa de los Girones. Para la ocasión el padre general, el ursonense Fray Miguel Ramón de San José, encargó al «insigne Artifice» Fernando Ortiz una talla completa de la *Virgen Comendadora*, para que presidiera el coro alto del convento de religiosos mercedarios. Con motivo del conclave capitular el escultor pocos días antes llevó la imagen a la casa de la Merced de la villa ducal. Sin duda el capítulo de la Orden y la fiesta que se organizó a la llegada de la escultura desde Málaga eran ocasión propicia para que el artista pudiera contactar con potenciales clientes. Y más cuando, tras su bendición, fue expuesta a la veneración del pueblo y, a petición de las comunidades de religiosas, se trasladó en procesión general a todos los conventos femeninos de la localidad. Es probable que a lo largo de aquellas dos estancias se propiciasen los contactos y por ende los encargos. De hecho, en la propia villa, junto a la imagen de la Madre Comendadora, se ha reconocido su gubia en el *Santo Ecce Homo del Portal* y en dos esculturas de pequeño formato conservadas en el coro bajo del Convento de las Madres Concepcionistas: un *San José con el Niño en*

brazos y un *San Juanito en el desierto*. La existencia de todo este elenco convierte a la localidad sevillana en uno de los lugares con mayor número de esculturas del artista que conserven su policromía original y no hayan sufrido alteraciones.

Dentro del programa conmemorativo del tricentenario trazado por el Patronato de Arte se contempló la restauración de algunas de sus obras y la organización de varias jornadas de conferencias y una exposición bajo el título «Fernando Ortiz en el tercer centenario de su nacimiento», que se desarrolló entre noviembre de 2016 y enero de 2017. Esta exposición, cuyos comisarios científicos fueron José Luis Romero Torres y Pedro Jaime Moreno de Soto, fue la primera realizada sobre el escultor y tuvo como objetivo valorar la evolución y verdadera magnitud artística del escultor, y revalorizar y difundir su obra fuera del ámbito malagueño. Se organizó de manera compartida en dos sedes, el Museo de Arte Sacro de la Colegiata de Nuestra Señora de la Asunción y el monasterio de la Encarnación y Nuestra Señora de Trápana.

Paralelamente, se ha venido trabajando en una línea editorial, ya que sorprende que, pese a su reconocida valía como artista y la fama de la que ya disfrutó en vida, hasta la fecha careciera de una monografía que calibrara su verdadera dimensión desde aquellos primeros estudios pioneros en la historiografía reciente de José Luis Romero Torres. Un factor a tener en cuenta en esta circunstancia ha sido la destrucción de gran parte de su producción en los acontecimientos de 1931 y 1936. La mayoría de sus principales obras realizadas para su ciudad natal fueron destruidas en mayo de 1931, caso de la *Virgen de la Soledad*, la *Virgen de la Paz*, el *Santo Entierro* y *Jesús orando en el Huerto*, o las que hizo para la parroquia de Teba, entre las que destaca la extraordinaria escultura de marcados rasgos italianizantes de *San Sebastián*. Ha sido en los últimos tiempos cuando, al documentarse alguna nueva escultura y contar con certeras atribuciones, se ha empezado a contar con un considerable elenco de obras del artista. Por ello, en paralelo a la edición del catálogo de la referida exposición, se ha publicado la obra del también malagueño José Luis Romero Torres, titulada *Fernando Ortiz, un escultor andaluz del siglo XVIII. Vida y obra de un artista malagueño del barroco (1716-1771)*.

En este trabajo, de extraordinario valor científico y documental, se recoge el resultado de las investigaciones que ha venido realizando Romero Torres a lo largo de casi cuatro

décadas. La publicación está estructurada en tres grandes bloques, con una introducción y un apéndice biográfico final. Preludia la obra un apartado introductorio de carácter general sobre el artista y las circunstancias que rodearon su vida. El primero de los bloques, que trata sobre el reconocimiento artístico y hace una semblanza biográfica del escultor, ahonda en una primera parte en su fortuna artística; las primeras referencias historiográficas, tanto en el ámbito local como nacional; la problemática de su producción vinculada a la obra de Pedro de Mena; la importancia que para su estudio tiene la fototeca y archivo de Juan Temboury; las investigaciones documentales del padre Andrés Llordén; su infortunio en la historiografía del siglo XX hasta la década de los ochenta; y su reciente difusión y puesta en valor. En la segunda sección de este bloque la investigación se adentra en su biografía, partiendo del contexto social y religioso de su ciudad natal en el siglo de la Ilustración, su entorno familiar, sus recursos económicos, las claves que aporta su testamento o la cronología de los acontecimientos más importantes que jalonaron su vida. El segundo bloque, que se centra en su personalidad, parte de unas breves pinceladas sobre la escultura barroca del momento y las distintas corrientes estilísticas del siglo XVIII, que ofrecen la pertinente apoyatura contextual para profundizar en su formación artística, sus clientes y los temas iconográficos que trató. Finalmente, el estudio concluye con el tercer apartado, que se ocupa de su producción, la definición de su estilo, los valores creativos propios que aportó y las distintas etapas por las que atravesó hasta conseguir la madurez y el esplendor artístico que consolidó su prestigio en toda Andalucía. Se valora además su participación en la reforma de algunas parroquias de la provincia de Málaga y su intervención en la catedral malacitana, y la importancia de sus conocimientos técnicos sobre la calidad de los materiales pétreos.

Con la publicación de esta monografía, a todas luces necesaria, se viene a superar de manera definitiva el inexplicable olvido que durante años ha rodeado la vida y obra del escultor malagueño. Gracias a ello es posible que hoy podamos gozar, por primera vez, de una visión amplia y comparada de su aportación artística. Con ella empezamos a conocer en profundidad a un artista que por la calidad de su obra y su impecable trayectoria puede calificarse como uno de los escultores más relevantes de la España del XVIII y de los más notables en la Andalucía del momento. Con una

producción que hace gala de una depurada técnica y un exquisito sentido de la belleza, en la que destacan la habilidad para conjugar la tradición castiza, fundamentada en la producción de Pedro de Mena, con las corrientes renovadoras de la plástica cortesana.

Pero esta investigación no es solo una aportación fundamental para conocer la vida de un escultor que jugó un papel relevante dentro del panorama creativo del siglo XVIII, también lo es para acercarnos a otros fenómenos como las circunstancias que rodeaban a la figura del artista en los centros de producción periféricos a la corte madrileña, la escultura andaluza del momento o el fenómeno de la dispersión y pérdida del patrimonio artístico desde época contemporánea.

En los últimos tiempos la crítica especialista ya venía constatando el extraordinario talento de quien canalizó hacia el sur el influjo del Barroco clasicista y cortesano de raigam-

bre europea que se gestó en torno a la figura de Olivieri y a la Academia. El de aquel escultor que supo codificar en su obra una serie de recursos y emociones heredadas de aquel barroco un tanto adocenado, de raigambre vernácula, que imperaba en el contexto de su formación, con los nuevos aires procedentes de la corte madrileña, para componer un universo creativo netamente europeo donde se consuman la sofisticación italianizante y el preciosismo rococó.

Hasta la fecha, en el imaginario malagueño la vida y obra de Fernando Ortiz resultaba escasamente conocida, cuando no ignorada, y la huella patrimonial de su presencia, muy devaluada. Era hora pues de saldar esa deuda ineludible con el artista y la escultura andaluza del Barroco.

Pedro Jaime Moreno de Soto
Consejería de Cultura. Junta de Andalucía